



# Uno de mis hijos



MISTERIOS DE ÉPOCA



# Uno de mis hijos

ANNA KATHARINE GREEN



d'Época  
editorial

Título original: *One of my sons*

Primera edición en dÉpoca: abril de 2016

*Uno de mis hijos*

© Editorial dÉpoca, 2016

Otura, 4 - 33161 Morcín ASTURIAS

© Traducción: Rosa Sahuquillo Moreno

© Introducción: Juan Mari Barasorda

© Ilustraciones originales de Louis Betts

[www.depoca.es](http://www.depoca.es)

[info@depoca.es](mailto:info@depoca.es)

Dirección editorial:

Susanna González

Coordinación editorial:

Eva María González Pardo

ISBN: 978-84-943634-6-7

Depósito Legal: AS 01127-2016

BIC: FC

Impresión y encuadernación: Gráficas Summa

Polígono Industrial Silvota

C/ Peña Salón, 45

33192 Llanera - ASTURIAS

Impreso en España

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



LIBRO PRIMERO  
LA SOMBRA

I  
LA NIÑA, Y HACIA LO QUE ME CONDUJO

aminaba a paso rápido por la avenida en una cruda tarde de otoño cuando, en algún lugar cercano a la esquina de la calle Cincuenta\*\*\*\*, me vi obligado a detenerme repentinamente ante el sonido de la voz de una niña que me interpelaba desde la escalinata de una de las espléndidas casas ante las cuales transitaba en aquel instante.

—¡Oh, señor! —exclamó—. Entre, se lo ruego. Por favor, venga junto a mi abuelito. Está enfermo y le necesita.

Sorprendido, pues no conocía a nadie en aquella manzana, alcé la mirada y contemplé, asomada en la abierta puerta de entrada, la trémula figura de una niña cuyo abundante cabello ondulado revoloteaba sobre su alarmado y dulce rostro.

—Cometes un error —le voceé—. No soy la persona que crees. Soy un extraño. Dime a quién conoces por aquí y me aseguraré de que alguien acuda junto a tu abuelito.

Pero esto no la satisfizo. Bajó corriendo la escalinata y me asió del brazo con impetuosidad infantil, gritando:

—¡No, no, no hay tiempo! El abuelito me ha dicho que hiciese entrar al primer hombre que viese pasar. Usted es el primer hombre. ¡Entre!

Había urgencia en su tono e, inconscientemente, comencé a transigir ante su insistencia y consentí en ser arrastrado hacia la escalera de entrada.

—¿Quién es tu abuelito? —pregunté, convencido de que se trataba de un hombre de cierta relevancia a tenor del imponente aspecto de la casa—. Si está enfermo los criados pueden atenderle.

Pero entonces su pequeño pie dio una patada en el suelo con infantil impaciencia.

—¡El abuelito jamás espera! —exclamó, arrastrándome con sus pequeñas manos escalones arriba hacia la puerta abierta—. Si no se apresura pensará que no he hecho lo que me ha pedido.

¿Qué hombre no hubiese cedido? La antesala vista desde la entrada, era amplia e inusualmente refinada. A decir verdad, un aire de la más insigne respetabilidad, así como de una inmensa fortuna, impregnaba todo el lugar y, sin importar cuán extraña pareciese la aventura, ciertamente no brindaba nada que provocase desconfianza de manera deliberada. Adentrándome junto a ella, cerré la puerta tras de mí. En apenas un instante la pequeña ya se encontraba en mitad del vestíbulo.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —exclamó, deteniéndose junto a una puerta que se hallaba cerca de su extremo.

La confianza con la que me llamó —en ocasiones me pregunto si, con más profusión de la habitual, mi semblante expresa una naturaleza bondadosa—, y la adorable imagen que ofrecía, inerte bajo el torrente de luz que manaba desde la oculta estancia hacia la que me invitaba a entrar, me atrajeron hasta alcanzar el lugar en que se encontraba; desde allí pude contemplar una escena que ciertamente justificaba su temor, así como el apremio con que se había dirigido hacia un viandante desconocido.

En el centro de una pequeña habitación, tan sencilla como una oficina cualquiera, vi a un caballero de avanzada edad que se hallaba en pie y que, incluso ante mis ojos poco avezados, no parecía hallarse simplemente enfermo, sino sufriendo la agonía de una muerte inminente.

Enormemente desconcertado, pues no había anticipado nada tan grave, me giré para apresurarme en busca de ayuda; fue entonces cuando la niñita pasó corriendo junto a mí, se aferró a las rodillas de su abuelo, y me lanzó una mirada tal que no tuve el valor de abandonarla.

Hacerlo hubiese sido ciertamente cruel. El aspecto y la actitud del hombre enfermo me resultaban sobrecogedores incluso a mí. A pesar de encontrarse en un estado cercano a la muerte no estaba tumbado; se hallaba en pie —tal y como he dicho—, y su espigada figura, balanceándose contra la gran mesa a la cual se asía, formaba una imagen de sufrimiento físico y mental como jamás antes había contemplado y que jamás podré olvidar en los años que me restan de vida. Una mano oprimía su corazón, pero la otra, extendida en un desesperado intento por soportar su peso, se había posado sobre media docena de hojas de papel mecanografiado; estas, deslizándose bajo la presión que se ejercía sobre ellas, le hicieron tambalearse, si bien consiguió permanecer erguido. Miraba en mi dirección y, mientras yo me adentraba en la estancia, su figura, a punto de desplomarse, se estremeció con una afección repentina; fue entonces cuando la mano que mantenía aferrada sobre su corazón se abrió ligeramente, revelando entre sus dedos un pedazo de papel arrugado.

Sobrecogido de compasión, pues el contraste entre su apariencia imponente por naturaleza y su indefensión presente se me asemejaba desgarrador, murmuré algunas palabras de afecto y aliento; entonces, al suponer que se hallaba solo en la casa junto a su nieta, le pregunté en qué podía ayudarle.

Lanzó una significativa mirada en dirección a su mano y, viendo que yo no comprendía el gesto, realizó un esfuerzo sobrehumano y me la tendió, pronunciando con dificultad algunas palabras que fui capaz de interpretar como un ruego para que cogiese el papel cuya liberación dificultaban sus garras crispadas.

Conmoverlo ante una situación tan extrema, y ansioso por ofrecerle todo el solaz que su desesperado caso demandaba, extraje el papel de entre sus dedos. Mientras lo hacía percibí, en primer lugar, que se trataba de un pedazo de una de las hojas que había visto esparcidas por todas partes y, en segundo lugar, que estaba plegado como si estuviese destinado para que alguien lo leyera cuidadosamente en privado.

—¿Qué debo hacer con esto? —pregunté consultando su mirada, que se estaba tornando rápidamente vidriosa.

El anciano miró en derredor suyo con impaciencia hasta que sus ojos se posaron sobre algunos sobres. Fijó su mirada sobre ellos, y comprendí lo que esperaba de mí.

Introduje el trozo de papel dentro de uno de aquellos sobres y, tras cerrarlo, examiné cuidadosamente su rostro con una sonrisa.

Respondió con unos ojos que rebosaban tanta gratitud, reconocimiento y confianza, que me sentí desconcertado. Esa mirada expresaba algo de una importancia fuera de lo normal, y me disponía a preguntar qué nombre debía escribir en el sobre cuando consiguió articular los débiles sonidos con los que había estado intentando expresar sus intenciones secretas. Estas fueron las palabras que escuché:

—A nadie... ¡a nadie más! A... a...

¡Ay de mí! En ese momento crítico, y en el preciso instante en que el nombre estaba vacilando entre sus labios, perdió el habla. Realizó un denodado esfuerzo para expresarse, pero no consiguió articular palabra alguna.

En un acto de desesperación, que no fue más que un débil reflejo de la que el propio anciano sentía, intenté ayudarlo.

—¿Es para su abogado? —sugerí.

Entonces, al no observar en él ningún gesto, añadí rápidamente:

—¿Para su médico? ¿Su esposa? ¿Alguien de la casa?

Me dirigió una mirada extraordinaria, alzó los ojos y, durante un instante, permaneció en pie con una actitud tan expresiva, plena de júbilo e indefinible expectación, que me hallé mudo de asombro y olvidé que me encontraba ante la presencia de la muerte. Mas solo duró un instante; aún perduraba mi asombro ante el repentino cambio que se había producido en el anciano cuando la niña, todavía aferrada a él, profirió un grito aterrado y le liberó de su abrazo. Entonces vi como el hombre se encogía, respirando entrecortadamente, y comenzaba a caer hacia atrás. De un brinco le acogí entre mis brazos



antes de que su cabeza pudiese golpear contra el suelo. ¡Ay! Fue el último servicio que pude prestarle. Para cuando fui capaz de tumbarle en el suelo ya había expirado, y me encontré —sin más compañía que la que me ofrecía la temblorosa niña— inclinado sobre el cadáver de un hombre que, con su último aliento, me había confiado un encargo cuyo significado no entendía en absoluto, salvo que, bajo ninguna circunstancia —y mediante pretexto alguno— debía entregar la carta que me había sido encomendada a ninguna otra persona que no fuera aquella a la que iba destinada.

¿Pero quién era esa persona? ¡Ah, esa era la cuestión! No cabe duda de que mi posición en la casa de aquellos desconocidos era de lo más extraordinaria.

## II EL DOCTOR JOVEN Y EL ANCIANO

**M**ientras tanto, la niña había cruzado la antesala y subido las escaleras, llamando:  
—¡Papá! ¡Papá!

Sobresaltado ante aquel indicio de la presencia de otra persona en una casa que había supuesto que nos acogía solo a nosotros, me apresuré tras ella hasta que alcanzó la planta inmediatamente superior y se detuvo ante una puerta cerrada. Algo parecía refrenarle ante ese lugar.

—Papá está dentro —susurró.

Si así era, no se encontraba solo. A través de la puerta podían escucharse claramente risotadas, breves exclamaciones y tintineo de vasos. Conmocionado ante el contraste ofrecido por esta escena de júbilo y el grave incidente que había tenido lugar abajo, dudé en hacer mi entrada, y miré en derredor buscando un modo de comunicarme con los criados que ahora presentía se encontraban en el piso inferior. Pero la aterrorizada niña, que se hallaba aferrada a mi rodilla, intervino:

—No creo que papá esté ahí. A papá no le gusta jugar a las cartas. Al tío George sí. Vamos, busquemos a papá.

Me arrastró hacia la parte delantera de la casa, entró en otra estancia, y pareció sorprenderse al encontrar la luz apagada y ni rastro de su padre.

—Quizás esté con el tío Alph —titubeó y, ascendiendo los peldaños hasta el siguiente piso, se giró para comprobar si seguía sus pasos.

No parecía existir más alternativa que seguirla hasta que pudiera tropezarse con alguien, de modo que subí apresuradamente este segundo tramo de escalones. La pequeña ya se había adentrado en una habitación.

—¡Oh, tío Alph! —la escuché gritar—. El abuelo está tumbado en el suelo en el piso de abajo. No encuentro a papá. Tengo mucho miedo —y corrió sollozando hacia el joven, quien se levantó para recibirla en un sumido ensimismamiento que ni siquiera estas alarmantes palabras consiguieron alterar.

Por esta y otras razones le presté una particular atención, a pesar del embarazo que sentía por la propia situación en que me hallaba. Era un hombre apuesto con aspecto refinado, cuyas facciones sería inútil describir pues eran de una naturaleza que sugerían, más que explicaban, el alcance de su atractivo. Más tarde escuché decir a algunas de mis amistades —que acostumbraban a pasear por la avenida junto a él—, que jamás fracasaba a la hora de llamar la atención de los transeúntes; algo en sus rasgos, su porte, o la curvatura de su cabeza y hombros, le refrendaban como un hombre digno de ser contemplado; no una sola vez, sino dos, cuando menos. En aquel momento, sin embargo, no fue su excelente apariencia lo que más me impresionó, sino la expresión febril y preocupada de su rostro.

Había cogido una carta en cuya escritura se hallaba inmerso cuando hicimos nuestra entrada y, tras escuchar la súplica de la niña, la estrujó en su mano nerviosamente y la lanzó al interior de la papelera. Esta acción, realizada con cierta premura furtiva, atrajo mi interés, y me pregunté si lo que había sacrificado tras su sorpresa era una carta o un memorándum.

Mientras tanto, parecía estar esforzándose en comprender lo que la pequeña quería decirle. Resultaba evidente que aún no había advertido mi presencia junto a la puerta, y consideré aconsejable presentarme.

—Le ruego que me disculpe —dije—. Soy Arthur Outhwaite, del despacho de abogados «Robinson & Outhwaite». Pasaba por delante de la casa cuando esta pequeña me ha pedido que entrase para auxiliar a su abuelo, a quien, siento decirlo, he encontrado en una situación muy precaria en su estudio de la planta baja. Si es su padre, le ofrezco mis condolencias por su repentino fallecimiento. Ha muerto en mis brazos hace unos momentos y, habiendo sido testigo de sus últimos mo-

mentos, no podía abandonar la casa sin explicar mi situación a sus parientes.

—¡Muerto! ¿Padre?

No era dolor —ni siquiera sorpresa— lo que otorgó fuerza a esta breve e involuntaria interjección. Era algo completamente distinto, algo que me conmocionó escuchar en su tono y observar cómo destellaba en su mirada. Pero su expresión, fuera lo que fuese que presagiaba, se prolongó durante un solo instante. Tomó a la niña entre sus brazos, escondió su rostro tras ella y se apresuró hacia la puerta. Apenas me prestó atención.

—¿Dónde está? —preguntó, ignorando o relegando cuanto le había narrado.

Respondió la niña.

—En el estudio, tío Alph. No me lles allí; tengo miedo. Déjame en el suelo; quiero encontrar a Hope.

La obedeció rápidamente, y la niña se alejó corriendo. Entonces, y solo entonces, pareció ser consciente de mi existencia.

—¿Le hizo entrar desde la calle? —observó perplejo—. No lo entiendo. ¿Dónde estaban mis hermanos? Se encontraban lo suficientemente cerca como para prestarle ayuda. ¿Por qué llamar a un extraño?

No tenía respuesta para esta pregunta, así que no ofrecí ninguna. No pareció sorprenderse por la omisión.

—Vamos abajo —dijo.

Abrí la puerta —que la pequeña había cerrado tras ella—, y me dirigí hacia el comienzo de las escaleras. Gracias a ciertos sonidos confusos que había escuchado durante el breve intercambio de palabras precedente, esperaba encontrar la casa en un estado de alarma y a todo el mundo alerta. Pero los jugadores de cartas todavía se hallaban jugando en el piso de abajo, y no me sorprendió observar cómo mi acompañante se detenía y propinaba una patada admonitoria a la puerta a través de la cual emergían semejantes ruidos incongruentes.

—¡Padre está enfermo! —gritó con una voz bronca plena de intensas emociones. Sin esperar respuesta, se apresuró por

delante de mí escaleras abajo, seguido de media docena de hombres parcialmente sobrios.

Entre estos últimos presté atención a uno que supuse no era otro que el hermano mayor de aquel a quien la pequeña había llamado tío Alph. Poseía la misma apariencia imponente, el mismo aire abstraído, y despertó, cuando lo hizo, a la misma extraña suerte de emociones opuestas. Pero no tenía tiempo de preocuparme demasiado por este aspecto del extraordinario asunto en el que me había visto involucrado de un modo tan singular.

La alarma, que tan lentamente se había propagado arriba, había proliferado como un fuego descontrolado en la parte más baja de la casa, y encontramos a media docena de criados deambulando dentro de la pequeña estancia en la que el amo yacía tumbado. Algunos apretaban sus manos, otros lloraban, y unos pocos, rígidos de espanto, miraban fijamente el rostro que poco tiempo antes habían contemplado con el matiz de la salud reflejado en él.

De forma natural se retiraron hacia el vestíbulo cuando nos aproximamos y, de inmediato, me hallé situado entre el grupo que de este modo se había formado, y los tres o cuatro caballeros visitantes que no habían seguido a los hermanos hacia el interior de la habitación. Entre estos últimos vi a uno cuyo rostro no me resultó del todo extraño; gracias a él obtuve mi primera información sobre el hombre de cuya intensa emoción moribunda había sido testigo, y de quien había recibido el extraño cometido que —desconocido como era para aquellos que me rodeaban— hacía de mi constante presencia en la casa una necesidad de la que el desconcierto de la situación no podía liberarme.

El fallecido era Archibald Gillespie, el famoso corredor de bolsa y magnate del ferrocarril, cuyo nombre, al igual que el de sus tres despilfarradores hijos, estaba en boca de todos desde aquel importante acuerdo según el cual había ganado dos millones de dólares en menos de dos meses.

Mientras tanto, uno de los caballeros que había acompañado a los dos Gillespie hacia el interior de la estancia donde

su padre yacía, salió con un aspecto intensamente pálido. Era médico, aunque al parecer no ejercía como doctor de la familia.

—¿Puede alguno de ustedes ir en busca del doctor Bennett? —preguntó—. Tráiganlo de inmediato y a cualquier precio; no podemos mover al señor Gillespie hasta que llegue.

Evidentemente, el doctor Bennett era el médico de la familia.

—¿Por qué no pueden moverlo? —preguntó una voz cerca de mí—. ¿Ocurre algo? El señor Gillespie cayó gravemente enfermo hace un mes. Supongo que retomó sus quehaceres habituales con demasiada premura.

Pero el joven doctor, sin ofrecer réplica alguna, se adentró nuevamente en la habitación, dejándonos a todos inmersos en la impaciencia; a pesar de todo, pocos nos aventuramos a mostrar abiertamente nuestra disconformidad.

Poco después, uno de los hombres que se hallaba situado cerca de mí se retiró discretamente obedeciendo la petición formulada unos instantes antes.

—¿Vive la señora Gillespie? —pregunté, tras un momento de mayor o menor indecisión.

—¿De dónde sale usted? —recibí como respuesta, aderezada con una mirada inquisitiva que resistí con toda la ecuanimidad de que fui capaz—. La señora Gillespie murió hace quince años.

¡Estupendo! La carta no iba dirigida a su esposa.

Fue entonces cuando mis ojos se cruzaron con otros que me observaban fijamente. Perteneían a uno de los criados que permanecía en pie apiñado junto a otros cerca de la puerta de lo que parecía ser un enorme salón comedor en el lado opuesto del vestíbulo. Cuando este hombre, pues era un criado masculino, comprobó que había captado mi atención, me hizo un gesto imperceptible. Era anciano y peinaba canas, por lo que hice caso de la señal que me había dirigido y me acerqué a él. Al instante me saludó susurrándome lo siguiente:

—Usted parece ser el único hombre sobrio presente. No les permita llevar nada a cabo hasta que el señor Leighton llegue. Es el santo de la familia, señor.

—¿Es el padre de la pequeña? —pregunté.

El hombre asintió.

—Y también un buen hombre —insistió—. Un hombre muy bueno.

¿Se trataba de una opinión honesta o de sarcasmo? Se decía que los hijos del señor Gillespie habían ocasionado innumerables disgustos a su padre.

Entretanto, un silencio más profundo que el que se deriva del sobrecogimiento se había extendido por toda la casa. Sintíendome yo mismo fuera de lugar y, a pesar de todo, extrañamente en el emplazamiento que debía ocupar, me aparté hacia la esquina más discreta que pude encontrar y esperé, al igual que todos los demás, a que apareciese el galeno de la familia.

Mientras así lo hacía pude vislumbrar ocasionalmente al primer caballero que había conocido, Alfred Gillespie, quien, inquieto a causa de alguna preocupación que no era capaz de ocultar por completo, se acercó en más de una ocasión al vestíbulo y lanzó miradas furtivas escaleras arriba. ¿Estaba preocupado por la niña? Si así era, compartía su ansiedad.

Finalmente sonó la campanilla. Al instante —tan grande era la presión que sentíamos sobre nosotros— todos nos agitamos, y uno o dos se encaminaron apresuradamente hacia la puerta. Pero esta fue abierta por el mayordomo con esa rutina mecánica que adquieren tales viejos sirvientes y, a pesar de que nada podía enturbiar la deferencia sosegada de este competente criado, algo en la reverencia con la que saludó al recién llegado nos confirmó que aquel era el hombre al que tan ansiosamente esperábamos.

Había visto al doctor Bennett en alguna ocasión, pero nunca antes con un aspecto tan preocupado. Ya fuese por la conmoción, o por algún motivo secreto del cual no íbamos a ser informados, este anciano y cualificado médico parecía hallarse en un estado de inquietud más pronunciado que el nuestro; obedeció al llamamiento del joven doctor, que le hacía señas desde el umbral del pequeño estudio, con una apariencia de celeridad que, sin embargo, poseía la extraña impronta de la duda. Bajo

otras circunstancias probablemente no me hubiese dado cuenta, —y estoy bastante seguro de que nadie más detectó ninguna peculiaridad en su actitud—, pero todo aquello que ofreciese algo afín a una pista para el correcto entendimiento de la situación en la que me hallaba involucrado de un modo tan profundo y, al mismo tiempo, secreto, me parecía de suma importancia.

El galeno del señor Gillespie permaneció durante algunos minutos encerrado junto a los hijos del fallecido y su joven colega de profesión; entonces salió. En ese mismo instante observé en su expresión que nuestros temores, o más bien los del joven médico, no carecían de fundamento. A pesar de todo, tuvo cuidado de no ofrecer señales de alarma y, dirigiéndose a nosotros, habló con un tono estrictamente profesional.

—¡Un triste suceso, caballeros! El señor Gillespie ha ingerido una sobredosis de cloral\*. Tendremos que dejarle donde se encuentra hasta que pueda venir el juez de instrucción.

Un grito ahogado, seguido del tintineo de cristal que se rompe, llegó procedente del salón comedor que se hallaba a mis espaldas. El anciano mayordomo había dejado caer una copa que acababa de asir, y que estaba situada sobre la repisa de la chimenea de la estancia.

El médico acudió de inmediato junto a él.

—¿Qué es eso? —exigió.

El mayordomo se inclinó sobre los pedazos.

—Solo la copa de la que bebió el señor Gillespie. Pidió que se le sirviese vino hace media hora. Sus palabras me han asustado, señor.

No parecía temeroso, pero los viejos sirvientes de su calaña poseen una extraña impasibilidad.

—Yo recogeré estos restos —dijo el médico, inclinándose junto al hombre.

---

\* El cloral, o hidrato de cloral, fue el primer sedante creado de manera sintética. Durante el siglo XIX era comúnmente usado para tratar el insomnio. En la actualidad se sigue utilizando para reducir la ansiedad o inducir el sueño antes de un procedimiento quirúrgico. Su efecto es parecido al de los barbitúricos.

El mayordomo retrocedió. El doctor Bennett se apropió de los fragmentos. Estaban completamente secos. Resultaba notorio que la copa había sido vaciada.

Mientras salía lanzó una mirada aguda, aunque no grosera, hacia el grupo de jóvenes que se congregaba junto a la puerta.

—¿Quién de ustedes fue el testigo de la muerte del señor Gillespie? —preguntó.

Hice una ligera reverencia. Temía sus preguntas, pero no vi modo alguno de evadirlas. ¡Ojalá el señor Gillespie hubiese podido articular esa única palabra que me hubiese eximido de toda responsabilidad en aquel asunto!

—¿Es usted la persona que acudió al interior de la casa a petición de la nieta del señor Gillespie? —preguntó entonces el médico, mirándome a los ojos con la misma expresión de confianza plena e inmediata que había visto en los rasgos de su infeliz paciente.

—Así es —repliqué; y procedí a relatar las circunstancias con la sencillez que la ocasión requería. Pero no dije nada sobre la carta que me había sido confiada para ser entregada a una persona desconocida. ¿Cómo iba a hacerlo? En la expresión del señor Gillespie no había aparecido estímulo alguno cuando le pregunté si la nota que me había entregado estaba dirigida a su médico.

La explicación que fui capaz de dar sobre los últimos momentos del difunto corredor de bolsa pareció agudizar la sospecha que albergaba el galeno sobre el estado en que le había encontrado. Alzando los fragmentos de la copa de cristal que había recogido en la chimenea del salón comedor, los olisqueó cuidadosamente, acto durante el cual los dos hijos del señor Gillespie le contemplaron con ojos alarmados. Cuando los bajó nuevamente, ninguno de nosotros podía ocultar su curiosidad.

—Tiene algo terrible que comunicarnos —murmuró el hijo mayor.

El médico dudó; entonces alternó la mirada entre los dos atractivos rostros que se hallaban ante él, y observó:

—Su hermano no se encuentra aquí. ¿Saben si es probable que regrese pronto?

—¿Dónde está el señor Leighton? —preguntó Alfred, dirigiéndose a la servidumbre—. Creía que su intención era la de quedarse en casa esta noche.

El mayordomo dio un paso adelante respetuosamente.

—El señor Leighton se marchó hace una hora —dijo—. El señor Gillespie y él intercambiaron unas cuantas palabras en el estudio, señor, tras las cuales se puso su sombrero y su abrigo y salió.

—¿Vio usted a su amo en ese momento?

—No, señor, solo escuché su voz.

—¿Sonaba natural?

El viejo criado se mostró reticente a ofrecer una respuesta pero, sintiendo la mirada del doctor posada imperativamente sobre él, admitió con vacilación:

—No era un tono sosegado, señor, si se refiere a eso. El señor Gillespie parecía enfadado o muy disgustado. Hablaba bastante alto.

—¿Dónde estaba usted?

—En el salón comedor, señor, terminando de retirar el servicio de la cena.

—¿Escuchó lo que dijo su amo?

—No, señor. Era algo relacionado con la religión; demasiada religión.

—Mi hermano asiste a demasiados actos de caridad para complacer a mi padre —explicó Alfred en voz baja.

El médico escuchó, pero no apartó la mirada del anciano sirviente.

—¿Todo esto ocurrió antes de que bebiese el vaso de vino que acaba de decirnos que pidió?

—Sí, señor, justo antes. Fue el señor Leighton quien vino a buscarlo. Dijo que su padre parecía cansado.

—Ah... ¿y cómo ha vuelto la copa entonces a la repisa de la chimenea?

—No lo sé, señor. Quizás el señor Gillespie la puso ahí

él mismo. Jamás le gustó tener despojos sobre la mesa de su estudio, señor.

El hermano mayor abrió los labios ante esta declaración, pero no habló. Ya no existían en él vestigios de embriaguez.

—Necesito que me enseñe la botella de la cual sirvió el vino.

El mayordomo —cuyo nombre era Ellsworth, tal y como averigüé más tarde— le condujo hasta un gran aparador que se extendía a lo largo de media pared del salón comedor. Desde donde me encontraba en el vestíbulo pude ver cómo señalaba una botella cuyo contenido parecía jerez. De repente dio un respingo.

—No es esa —exclamó lo suficientemente alto como para que pudiera escucharle—. La botella que saqué para el señor Leighton estaba medio vacía. Esta está casi llena.

Nuevamente observé moverse los labios del hermano mayor, y nuevamente se contuvo de expresar palabra alguna.

—Desearía que la botella apareciese —dijo el galeno—, pero no es necesario que nadie se disponga a buscarla ahora. Ciertamente, lo mejor que podemos hacer es esperar el regreso de Leighton antes de realizar ningún otro movimiento. George, Alfred, ¿puedo pedirles que me dejen a solas con su padre durante unos minutos? Y hagan que se despeje el estudio. No quiero tener que inventarme ninguna excusa cuando llegue el juez. Su padre no ha fallecido de muerte natural.

Era un anuncio para el que, en cierto modo, nos habíamos preparado en vista de la severa actitud del joven doctor pero, aun así, me pareció que debería haber provocado una manifestación mayor de sentimientos, o como mínimo distinta, por parte de las dos personas más íntimamente interesadas en el asunto. Busqué un intercambio de miradas entre ellos o, al menos, ciertas presurosas palabras de tristeza o consternación. Pero, a pesar de todas las fuertes emociones demostradas, sus ojos no se cruzaron ni realizaron el menor intento de prestarse apoyo mutuo o aliento. ¿No existía buena relación entre ellos? Las circunstancias, ciertamente, imploraban la manifestación de cualquier sentimiento fraternal que atesorasen.

—Tendré que hacer uso del teléfono —anunció entonces el doctor Bennett—. Deben perdonar mi aparente irreverencia hacia el fallecido. La ocasión así lo requiere.

Con una mirada apresurada para comprobar si sus órdenes habían sido obedecidas, y si los apiñados criados habían sido despejados del salón, se adentró en el así llamado estudio y cerró la puerta tras él.

Lo siguiente que escuchamos fue su voz alzarse tras el ineludible «¿Diga?».

—No entiendo el extraño comportamiento del doctor Bennett —escuché en aquel momento comentar cerca de mí. Era George, hablándole en voz baja a su hermano.

Pero ese hermano, lanzando una de esas ansiosas miradas escaleras arriba, no ofreció respuesta alguna.

—Padre acostumbraba a tomar cloral, pero creía que siempre esperaba a tomarlo cuando ya se encontraba en su habitación. Jamás antes había escuchado que lo hiciese aquí abajo —continuó George en un tono bajo a medio camino entre el susurro y un gemido.

En esta ocasión Alfred respondió.

—Esta noche ha hecho una excepción —dijo—. Cuando he bajado apresuradamente hasta tu puerta a las ocho y media, me he encontrado a Claire saliendo de la habitación de padre con un frasco en la mano. La había enviado arriba en busca del cloral, y ella cumplía su petición.

George le lanzó a su hermano una mirada desconfiada.

—¿Eso ha dicho ella? —preguntó.

—Sí.

—¡Pobre chiquilla! Echará de menos a su abuelo. Me pregunto si lo sabe.

Sentí que no tenía derecho a escuchar, pero me hallaba emplazado donde el médico me había dejado y no sabía cómo marcharme hasta que alguien con cierta autoridad me permitiera retirarme. Seguía pensando en alejarme hacia la puerta cuando el médico salió de nuevo y, acercándose a mí, observó:

—Este retraso probablemente le esté causando una gran molestia, pero debo pedirle que permanezca aquí durante un poco más de tiempo. Supongo que podrá encontrar acomodo en el salón principal.

Lanzando una mirada a los jóvenes caballeros expresé mi agradecimiento ante la cortesía del galeno, pero no realicé movimiento alguno en dirección a la estancia que me había indicado.

Inmediatamente, y con una comprensión de mis sentimientos que me sorprendió, George captó la indirecta que le había lanzado y, dando un paso al frente, alzó una pesada y lujosa cortina que se hallaba a su izquierda y me rogó que tomara asiento en la estancia lujosamente amueblada. Pero apenas había dado un paso hacia ella cuando se armó un alboroto al entrar en la casa un caballero a quien enseguida identifiqué como el tercer hermano, y cuya presencia todos esperábamos con mayor o menor suspense.

Era lo suficientemente atractivo en apariencia como para despertar admiración, pero no guardaba parecido alguno con sus hermanos. Parecía tener más carácter y menos... bueno, me resulta difícil describir de manera precisa la impresión que causó en mí en aquel momento. Baste decir que la primera vez que le vi supe con certeza que quien había entrado en escena no era una persona corriente, aunque no resultaba fácil juzgar —a primera vista— qué rasgo o inclinación en particular de su personalidad probaría un hecho tan significativo.

Tenía un aire desolado y, a mi parecer, se mostraba agotado y al borde del colapso, pero se irguió al advertir a un extraño; lanzó una mirada interrogante al médico, y después otra en dirección a la servidumbre que abarrotaba el corredor situado al fondo.

A todas luces me había tomado por uno de los amigos íntimos de sus hermanos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con cierta irritación... una irritación que de buen grado interpreté como una ausencia

total de preparación ante las fatales noticias que le aguardaban—. ¿Qué ocurre, George? ¿Pasa algo, Alph?

—¡Lo peor! —respondieron al unísono.

—¡Padre ha muerto! —exclamó George.

—Ingirió demasiado cloral —añadió Alfred.

Leighton Gillespie permaneció completamente inmóvil durante un instante; entonces se quitó su sombrero y recorrió con premura el vestíbulo. Pero, ante la puerta de lo que ahora podría llamarse la cámara de la muerte, halló al médico en pie con una actitud que le obligó a detenerse bruscamente.

—Espere un momento —dijo el caballero—; debo corregir una falsa impresión. Su padre no ha muerto por una sobredosis de cloral como supuse en un primer momento, sino a causa de una dosis mortal de ácido prúsico\*. Basta oler sus labios para estar seguro de este hecho. Ahora, Leighton, puede entrar.

---

\* El ácido prúsico es un líquido incoloro, muy venenoso y altamente volátil, que posee un ligero olor a almendras amargas.

### III

## LO QUE ESCONDE UNA PUERTA

**F**ue una declaración sorprendente, y el horror que provocó fue visible en cada rostro. Pero la sorpresa que debería haberle acompañado resultó insuficiente y, sin importar cuán rápidamente se esforzaron aquellas tres personas más cercanas al corazón del fallecido en esconder su primera aceptación instintiva de un hecho que sugería tantas veladas incógnitas, no pude evitar imaginar que el próspero corredor de bolsa había tenido aflicciones, preocupaciones o anhelos por los cuales este repentino final parecía una consecuencia natural a ojos de aquellos que mejor le conocían.

Comencé a lamentar el azar que me había llevado a establecer una relación tan cercana con esta familia, y sentí que el sobre cerrado que ocultaba en el bolsillo pesaba en mi pecho como si de plomo se tratase.

Mientras tanto, aquel al que llamaban Leighton argumentaba, en un tono extremadamente cansado, lo que en vano trataba de hacer parecer natural.

—¿No podría hallarse en un error, doctor Bennett? Ahí tiene el frasco de cloral, sobre la repisa de la chimenea, cuando no es habitual verlo ahí. ¿Acaso no demuestra su presencia en esta habitación que padre sintió la necesidad de tomarlo? El ácido prúsico solo puede obtenerse por mediación de un médico, y tengo plena confianza en que jamás le prescribió una droga tan peligrosa, doctor Bennett.

—No, pues es completamente inadecuado en su caso. Pero descubrirá que ha muerto tras haberlo ingerido, Leighton; todos sus síntomas así lo demuestran, y ya solo podemos determinar si lo tomó junto al cloral, en la copa de vino que bebió, o por medios de algún otro tipo todavía por descubrir.

Lamento hablar de un modo tan rotundo, pero jamás minimizo cuestión alguna en lo que concierne a mi profesión. Y, además, el juez de instrucción no les mostraría tal consideración aunque yo sí lo hiciera. Los hechos resultan demasiado evidentes.

Por entonces ya se hallaban dentro del estudio y no escuché la réplica de Leighton pero, cuando salieron de nuevo, vi que este último no solo había aceptado la situación, sino que había sido informado del papel que se me había pedido que interpretase en aquel asunto. Fue perceptible por el modo en que me saludó y las preguntas que realizó, relativas a la conducta de su hija durante los últimos trágicos momentos de la vida de su abuelo.

Mientras lo hacía tuve oportunidad de estudiar su rostro más detenidamente. Poseía el semblante más melancólico que jamás había visto, y lo que me sorprendió como algo digno de comentar en estas líneas fue que esa tristeza parecía arraigada y bastante alejada de la pena y la turbación que sentía en aquel instante. A pesar de todo, se había visto fuertemente sacudido por la repentina —si no inexplicable— muerte de su padre; o al menos así lo parecía, lo cual a buen seguro no resulta ser la misma cosa.

—No entiendo por qué mi padre tuvo que llamar a alguien de la calle para que fuese testigo de su sufrimiento mientras sus hijos estaban en la casa —observó cortésmente—, pero habiendo sentido esa necesidad, y habiendo logrado obtener dicha ayuda, me complace que el azar le favoreciese a él tanto como a nosotros con una persona de tan aparentes buenos sentimientos como usted.

Apenas le presté atención. Estaba reflexionando sobre la carta y si debía entregársela a aquel hombre. Pero el instinto me retuvo... o más bien mis hábitos como abogado, que felizmente actuaban como medida de control ante mis impulsos naturales. Todavía no había recibido indicio alguno de que estuviese dirigida a cualquiera de los hijos del señor Gillespie.

—¿Nos hará el favor de esperar la llegada del juez? —prosiguió entonces Leighton—. Ha llamado por teléfono y llegará enseguida.

—Esperaré —dije.

Y, accediendo a su invitación, me adentré en el salón.

Trascurrió un cuarto de hora..., media hora, antes de que sonase de nuevo la campanilla de la puerta principal. Tras la algarabía que le sucedió, supe que el hombre al que esperábamos había llegado, aunque discurrió mucho tiempo antes de que entrase en la estancia en la que yo me encontraba acomodado; durante ese tedioso ínterin tuve que armar mi espíritu de paciencia. Pero finalmente escuché pasos en el umbral y, alzando la vista, contemplé a un hombre serio y comedido que se acercó hasta mí con gran solemnidad, tomando asiento lo bastante cerca como para permitir una conversación confidencial sin correr el riesgo de ser escuchados por nadie.

—Usted es el señor Outhwaite —comenzó—. He oído hablar de su bufete y he visto al señor Robinson en más de una ocasión. ¿Tenía algún tipo de relación con el señor Gillespie o su familia antes de esta noche?

—No, señor. Solo conocía al señor Gillespie por su reputación.

—Entonces ha sido el puro azar lo que le ha conducido a ser testigo de sus últimos momentos.

—Puro azar, si no creemos en la Providencia —respondí.

Me examinó con gran atención.

—Relate lo que ha ocurrido.

Fue entonces cuando se presentó finalmente el dilema. ¿Exigía mi deber la revelación de unos hechos que hasta el momento me había sentido obligado a ocultar incluso ante los hijos del hombre fallecido? Era un asunto que no podía ser resuelto en un instante, así que tomé la decisión de dejarme guiar por los acontecimientos y restringí mi narración a la recapitulación de mi sencillo relato anterior sobre los últimos momentos del señor Gillespie. Realicé esta narración del modo más natural posible. Cuando hube terminado me pre-

guntó si la nieta del señor Gillespie había estado presente en el momento en que su abuelo había expirado.

Respondí que había estado aferrada a él durante todo el tiempo que permaneció erguido, pero que había retrocedido y salido corriendo de la habitación en el momento en que dio señales de desplomarse sobre el suelo.

—¿Habló el señor Gillespie con ella?

—No que yo escuchase.

—¿Dijo algo el anciano?

—Unas pocas palabras incoherentes; ningún nombre.

—¿No solicitó la presencia de sus hijos?

—No.

—¿De ninguno de ellos?

—No.

—¿Cómo se extendió la alarma?

—Subí con la niña y le pedí a los jóvenes caballeros que bajasen.

El juez Frisbie se acarició la barbilla, sin dejar de mirarme atentamente.

—Cuando usted entró, ¿había un frasco vacío o un pedazo de papel tirados sobre la mesa del estudio o en el suelo?

Me sobresalté.

—¿Papel? —repetí—. ¿Qué clase de papel?

—Como el que es usado por boticarios y médicos para envolver sus prescripciones. El ácido prúsico, que sin duda ha ingerido el señor Gillespie, ha debido adquirirse en estado líquido. El frasco que lo contenía debería estar por ahí tirado, al igual que posiblemente el papel en el que había sido envuelto. Esto es, si el señor Gillespie bebió ese veneno intencionadamente.

Recordé la apariencia exacta del fragmento de papel que había metido en un sobre a petición del caballero. No se parecía al usado por los boticarios para envolver paquetes, y sentí cómo mi pecho se aligeraba un poco.

—No vi ningún papel de ese tipo.

—¿Dónde está la niña? —preguntó entonces—. Debo verla.

Había tomado una decisión sobre un punto concreto. Si la niña decía que su abuelo me había entregado un papel, lo admitiría y mostraría el sobre. Pero si se había olvidado de este hecho, o se había sentido tan atemorizada como para no prestarle atención, guardaría silencio sobre este asunto durante un tiempo con la esperanza de que me fuese mostrada una salida al problema.

Por tanto no lamenté escucharle preguntar por la pequeña.

—Supongo que no desea en modo alguno permanecer en esta casa —observó entonces—. Si me da su dirección y ofrece buena predisposición a obedecer mis órdenes, puedo prescindir de usted durante esta noche.

Como respuesta le ofrecí mi tarjeta de visita y, viendo que ya no tenía ninguna excusa para demorarme, comencé a encaminar mis pasos hacia la puerta cuando el doctor Bennett entró apresuradamente.

—He encontrado algo... —comenzó, y entonces se detuvo lanzando una rápida mirada en mi dirección, como cuestionándose la conveniencia de proseguir más allá con su descubrimiento en mi presencia.

El juez de instrucción no demostró tal duda. Acercándose con premura para reunirse con el anciano médico de la familia, dijo:

—¿Ha encontrado el frasco o solo el papel en el que iba envuelto?

El doctor Bennett le llevó aparte, y vi lo que parecía un pequeño corcho pasando de unas manos a otras.

—¿Lo ha encontrado en el estudio del señor Gillespie? —preguntó el juez—. Creía que había examinado minuciosamente esa estancia.

La respuesta fue susurrada en un tono bajísimo, pero no tuve dificultad alguna en captar lo más esencial de lo que se dijo.

—Estaba en el suelo del comedor, bajo una esquina de la alfombra. Un hecho de lo más sospechoso, ¿no cree? El señor Gillespie jamás lo hubiese metido ahí. Alguna otra persona...

no sé quién... no diga nada todavía... se sienten cohibidos ante la presencia de la policía en la casa.

Los dos médicos intercambiaron una mirada que sorprendí gracias al enorme espejo situado enfrente, pero no di muestra alguna de haber presenciado nada extraordinario. Sentía muy intensamente lo delicado de mi propia situación. Al minuto siguiente todos caminábamos hacia el vestíbulo.

—¡Silencio! —exclamó el juez en tono de advertencia mientras se detenía durante un instante en el umbral—. No molestemos a estos jóvenes más de lo necesario esta noche.

En aquel momento escuchamos los gritos.

—¿Dónde está la señorita Meredith? ¿Ha visto alguien a la señorita Meredith? No la encuentro en ninguna de las habitaciones del piso de arriba.

—¡Hope! ¡Hope! ¿Dónde estás, Hope? —llamó otra voz, cargada de sentimiento.

¡Hope! ¿Latió mi corazón con más premura tras escuchar este nombre, destinado a jugar un papel tan importante en mi vida futura? No sabría decirlo. Ese corazón ha latido muy presuroso desde que tan dulces sílabas fueron pronunciadas, pero en aquel instante... bueno, creo que estaba demasiado interesado en la alarma que despertó de inmediato aquel lamento como para ser consciente de mis emociones personales. De un extremo a otro de la casa, hombres y mujeres corrieron de una habitación a otra, y escuché gritar no solo este nombre, sino también el de la niña, que aparentemente se llamaba Claire.

—¿Tampoco encuentran a la pequeña? —pregunté impetuosamente al juez de instrucción, quien se resistía a abandonar el vestíbulo de la planta baja.

—Parece que no. ¿Quién es la señorita Meredith?

Le respondió el anciano mayordomo.

—Es la prima de los señoritos —dijo—. Era la preferida del señor Gillespie, y vivía aquí como una hija. La encontrarán en alguna parte en el piso de arriba.

Pero la predicción resultó ser falsa. Lentamente la servidumbre se arrastró escaleras abajo murmurando entre ellos

y luciendo un aspecto muy temeroso. Entonces vimos bajar a George, sacudiendo su cabeza impacientemente, y tras él a Leighton, desolado a causa de una ansiedad que no sabría cómo describir.

—¡Tiene que estar aquí! —gritó, pensando solamente en su hija—. ¡Claire! ¡Claire! —y comenzó a recorrer agitadamente el enorme salón, donde bien sabía que ella no podía estar.

Alfred se había quedado arriba.

De repente recordé un hecho relacionado con mi propia visita a las plantas superiores.

—¿Han examinado la cuarta planta? —pregunté al doctor Bennett—. Cuando estuve en la habitación del señor Alfred Gillespie, en el tercer piso, recuerdo haber escuchado a alguien apresurarse a lo largo del pasillo. Se supone que era alguien que bajaba en ese momento, pero también pudo haber sido alguien que subía.

—¡Subamos a comprobarlo! —sugirió el médico.

Le seguí sin pensarlo. Mientras pasábamos por delante de la puerta de Alfred pudimos observarle parado en mitad de la estancia, inmerso en un estado de ira que le impidió ser consciente de nuestro acercamiento. Rompía en pedazos un papel que tenía la misma apariencia que aquel mismo que había arrojado previamente a la papelera; mientras lo destrozaba, murmuró palabras entre las cuales pude entender las siguientes:

—¿Por qué debería escribirle? Si me amase esperaría. No huiría ahora, a menos que...

El doctor Bennett, con un dedo posado sobre sus labios, se alejó sigilosamente. Me apresuré tras él, y juntos ascendimos hacia el último piso.

Nos hallábamos en una parte del edificio que le resultaba al médico tan desconocida como a mí. Cuando alcanzamos el final de las escaleras, nos encontramos con que el lugar se hallaba inmerso en la más completa oscuridad con la excepción de un débil destello de luz dirigido hacia la parte delantera,

que resultó ser la tenue llama de una lámpara de gas situada en una de las habitaciones de la buhardilla.

Tras incrementar la llamada miramos en derredor, abrimos las puertas de dos o tres armarios, y luego nos encaminamos hacia la parte de atrás, donde el doctor encendió una cerilla. Ante nosotros se hicieron visibles dos puertas cerradas. Una de ellas, tras ser abierta, reveló una estancia bien amueblada, similar en apariencia a aquellas de la parte delantera; la otra, una buhardilla sin terminar medio llena de cajas y arcones.

—¡Vaya! —exclamó, mientras la cerilla se apagaba ante semejante escena—. Es un misterio.

—¡Escuche con atención! —urgí—. Nuestros oídos, y no nuestros ojos, deben ser determinantes ante esta emergencia.

Entendió perfectamente a lo que me refería, y juntos escuchamos hasta que un sonido —¿era la respiración de una persona escondida cerca de nosotros?— nos hizo sobresaltarnos y el médico encendió otra cerilla.

Esta vez vimos algo, pero el fósforo se apagó antes de que pudiésemos determinar qué era.

Molesto por estos momentáneos destellos de luz, me introduje atropelladamente en una de las habitaciones que habíamos dejado atrás y, asiendo una vela en la que me había fijado con anterioridad, la encendí con la llama de la lámpara de gas y regresé al desván.

Al instante, una visión envuelta en la más extraña de las fascinaciones se reveló por sí misma.

Agazapada contra la pared más alejada, con unos ojos abiertos de par en par que nos miraban fijamente, vislumbramos a una mujer en la que el terror, o alguna otra emoción igualmente intensa, había dejado su impronta —sobre su pálido rostro y realzados rizos— de un modo tan determinante que tal parecía una criatura asustada retrocediendo ante una visión tan terrible e insólita que le hacía reprimir su encanto. Que fuese hermosa, de ese modo femenino y conmovedor que golpea el corazón, no disminuyó el efecto de su apariencia;

tampoco nos mostramos indiferentes al observar que la niña por la cual toda la casa había sido registrada yacía a sus pies, acurrucada y dormida.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿La señorita Meredith? El médico apretó mi mano.

—Debemos tener cuidado —susurró—. Parece al borde del delirio.

—La niña no le tiene miedo —murmuré.

Mientras tanto el doctor se estaba aproximando al nuevo objeto de sus cuidados.

—¿Por qué ha escogido un lugar tan frío? —preguntó sonriendo a la joven, que seguía manteniéndose pegada a la pared contra la cual se había acurrucado como si estuviese amarrada a ella—. Claire cogerá frío. ¿Acaso no sería mejor que bajasen?

Estremeciéndose, la muchacha miró a la niña que descansaba a sus pies, y sus ojos mostraron una repentina inteligencia.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —inquirió—. Yo no la he llamado.

—¿Y cómo ha llegado usted hasta aquí? —sonrió el galeño—. Su vestido blanco parece fuera de lugar en esta buhardilla.

Entonces ella se levantó, con la espalda completamente pegada a la pared. Claire, que con este movimiento se vio desplazada del lugar que ocupaba a sus pies, se despertó y comenzó a llorar.

—Me enteré de que el señor Gillespie había muerto.

Estas palabras surgieron de unos labios tan rígidos por el miedo —o alguna otra emoción intensa— que me asombré ante el hecho de que hubiesen sido capaces de proferirlas.

—Amaba al señor Gillespie, y me guarecí aquí con mi dolor.

Se mantenía erguida apoyada contra la pared, con las manos a su espalda; y, aunque traté de disimular ante esta visión, observé cómo sus dientes castañeteaban por algo más que el



Louis Betty

frío, e incluso por una causa distinta al temor que podría sobrevénir tras la repentina muerte de un querido amigo y benefactor.

—¿No piensa bajar? —urgió el doctor, alzando a Claire hacia su paternal pecho.

—¡Jamás! Sus labios parecieron gritar, pero no escuché sonido alguno.

Y cuando el médico, tras darme a la niña, la rodeó con su brazo alejándola de la pared, se rindió dócilmente, aunque lo hizo posando una mirada firme sobre el rostro del doctor Bennett que no entendí entonces ni durante mucho tiempo después.

En lo alto de las escaleras nos encontramos con Alfred. Quizás nos había escuchado subir, o quizás simplemente pensó en registrar la buhardilla por sí mismo. La exclamación que profirió y el paso hacia atrás que ella dio fueron simultáneos.

—¡La han encontrado! —fue su imprecación; una interjección que no hacía referencia a la niña.

Entonces dijo en tono de reproche:

—Hope, ¿por qué nos has dado este susto? ¿Acaso no teníamos bastante a lo que hacer frente sin que nuestros corazones se encogiesen de miedo por ti?

La respuesta de la joven fue un murmullo. Desde el primer instante de nuestro encuentro con este hombre, su rostro se había convertido en una máscara.